EL DUELO REHUSADO.

Habiendo sido Turena en su mocedad, desafiado por otro oficial, respondió: "No sé batirme á despecho de las leyes, pero sabré tam. bien como vos, esponerme al peligro cuando me lo permita el deber. Hay que hacer una guerra justa y honorífica para nosotros, pero muy arriesgada; vamos á pedir á nuestro general el permiso de acometerla y veremos cuál de los dos lo desempeña con mas honor." El que habia propuesto el desafío, reconoció tan peligrosa en efecto la empresa, que rehusó someter su valor á una prueba semejante.

EL DUELO EVITADO.

Un oficial irlandés, que habia servido durante cuarenta años sin haber enviado ni admitido jamás cartel de desafío, refiere del modo siguiente una anécdota de su vida. Una ocasion, dice, provoqué el resentimiento de uno de mis compañeros de armas que era amado y respetado de todos los cuerpos. Habíame parecido que merecia ligeras reconvenciones en ciertos casos. Me valia yo entonces, para esprecarme, respecto de este asunto, de una lengua que no sabia sino imperfectamente, y me habia servido de una espresion cuyo valor no conocia bien. El oficial se creyó ofendido, se retiró de la reunion y me envió un cartel. Le contesté que esperaba tener con él una esplicacion que le quitaria el deseo de batirse y en el entretanto prometia acudir á la cita. Fuí á ella acompañado de todos los que estaban presentes cuando me serví del término que se me reprochaba. Me eché, delante de ellos toda la culpa y declaré que habia valídome inconsideradamente, de espresiones cuyo valor ignoraba. Arrojó él su espada y nos estrechamos en los brazos uno y otro. Habia venido aquí, esclamó él, con la intencion de hundir mi espada en el corazon de un hombre á quien estimo y amo, este pensamiento me hace estremecer. Todos los asistentes manifestaron la mas viva satisfaccion. Todos convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara, y en

que un gobierno sábio debe oponerse á un abuso tan peligroso y criminal.

EL DUELO HONROSO.

La Mothe Gondrin y Ausum eran dos oficiales muy valientes cuyos nombres se veian citados con honor en los partes de nuestras guerras de Italia. Desgraciadamente una execiva susceptibilidad habia hecho nacer entre ellos una especie de emulacion que los hacia continuamente echar mano á las armas el uno contra el otro. Un dia que estaban en frente del enemigo, tuvieron una querella; segun su costumbre, se exaltaron y la sangre iba á correr. ¿Qué es lo que hacemos? dijo entonces la Mothe Gondrin á Ausum; nuestra sangre pertenece á nuestra patria, cesemos de dar á nuestros soldados un peligroso ejemplo; veámos quién se bate mejor contra el enemigo: hé aquí el único duelo digno entre nosotros. A estas palabras se arroja con impetuosidad sobre los enemigos; Ausum le sigue, uno y otro dieron increibles pruebas de valor: ambos fueron heridos y curados. Se hicieron amigos y rivalizaron en valor y en generosidad hasta la muerte.

§ VI.

Firmeza contra los males.

La paz interior reside, no en los sentidos, sino en la voluntad; se conserva en medio de los mas amargos dolores, mientras la volun-

tad permanece firme y sumisa. La paz en este mundo consiste en sufrir con resignacion las adversidades y no en evadirse de ellas.

Un célebre sábio, sabia tan perfectamente hacer que su alma se sobrepusiera al dolor, que no sentia los mas crueles ataques de la gota.

Te vencerá el dolor si flaqueas; mas tú serás quien vence si presentas un corazon firme.

La adversidad es la prueba de la virtud.

Ved un espectáculo verdaderamente digno que Dios contempla y se complace en su obra: el hombre justo y valeroso luchando con la adversidad.

Una alma grande es superior á la injuria, á la injusticia y al dolor.

La razon resiste las desgracias, el valor las combate, la paciencia y la religion se sobreponen á ellas.

Mientras sufre el cuerpo, mientras el espíritu está abatido, el hombre debe desplegar su fuerza y su valor: entonces es cuando debe elevarse á pensamientos dignos de su inmortal autor.

Una voluntad fuerte triunfa de todo, aun de las mismas enfermedades naturales; ella suple la vista en el ciego, el vigor en el débil; una alma fuerte, es la señora del cuerpo que anima. (Varios autores.)

LA SED.

Durante una marcha penosa y prolongada, en un país árido, Alejandro, rey de Macedonia y su ejército, sufrieron mucho á causa de la sed. Algunos soldados enviados á la descubierta, encontraron una poca de agua en las cavidades de una roca y se la llevaron al rey en un casco. Mostró Alejandro la agua á sus soldados, para animarlos á soportar la sed con paciencia, supuesto que aquella anunciaba un próximo manantial. Luego, en vez de beberla, la arrojó al suelo en presencia de todo el ejército. ¿Qué soldado, bajo el mando de un gefe semejante, se hubiera quejado de las fatigas y de las privaciones? ¿quién no lo habia de seguir con alegría?

EL HAMBRE.

Adolfo V., rey de Sicilia y de Aragon, acampaba un dia á las orillas de un rio, á la vista del enemigo. Se acercaba la noche; carecia

de víveres el ejército; los soldados no habian comido nada durante el dia ni tampoco el rey. Le ofreció al rey uno de sus oficiales un pedazo de pan, un marisco y un poco de queso. En aquellas circunstancias, habia para hacer con ello un festin delicioso. Os doy las gracias, dijo el príncipe, pero lo mismo que todos mis soldados esperaré hasta despues de la victoria.

LA POBREZA Y EL DOLOR.

¿Quién podrá dejar de aplaudir los nobles sentimientos que espresa el célebre filósofo griego Epicteto, que vivió en el primer siglo del cristianismo? Dios es quien me ha criado, decia Epicteto, pueda yo en mis últimos momentos decirle: ¡Oh Señor mio! ¡Oh padre mio! "Tú has querido que sufra, he sufrido con resignacion, tú has querido que sea pobre, he abrazado la pobreza; me has colocado en una condicion oscura y he estado contento en ella; quieres que muera, te adoro al morir."

Este héroe de la resignacion y de la paciencia, habia sido esclavo de un hombre llamado Epafrodita. Le ocurrió un dia á aquel bárbaro amo divertirse en hacer que le retorcieran una pierna á su esclavo. Notando Epicteto que el juego se volvia sério y hasta brutal, le dijo á su señor sonriéndose y sin conmoverse: si continuais, sin duda me quebrareis la pierna; lo que efectivamente sucedió. ¿No os lo habia dicho, repuso con tranquilidad Epicteto?

Epicteto se consideraba feliz y rico en la pobreza, y lo era en efecto; porque es dichoso aquel que goza del testimonio de una buena conciencia, y porque es rico el que nada desea de lo que no tiene.

LA TORTURA.

Guatimotzin, gefe de los mejicanos, fué hecho prisionero por los españoles en el momento en que se salvaba en una barca, y fué conducido al cuartel general de Cortés. La codicia de los vencedores devo-

raba idealmente los tesoros de Guatimotzin, y el ejército esperaba la distribucion de ellos. Le amenazaron en vano para que dijera en donde los habia escondido. Cortés, temiendo que se creyera que estaba de acuerdo con él, mandó que dieran tormento al gefe infortunado para forzarlo á descubrir el sitio en que habia depositado sus tesoros. Le tendieron sobre brazas encendidas; (1) y mientras que el fuego penetraba hasta la médula de sus huesos, Costés, con mirada indiferente, observaba los progresos del dolor y le decia: si estás cansado de sufrir, declara en donde has ocultado tus riquezas.

Ya sea que nada hubiera ocultado, ó que le pareciera vergonzoso ceder á la violencia, el héroe de Méjico honró á su patria por su constancia en los tormentos; y como Cortés le amenazaba con inventar para él nuevos suplicios; bárbaro, le dijo, ¿puede haber para mí un suplicio igual al de verte? Guatimotzin no dejó escapar ni un suspiro, ni súplica, ni palabra alguna, para implorar una humillante compasion.

Se habia estendido tambien sobre el bracero á un fiel amigo de Guatimotzin; este amigo, mas débil, tenia dificultad en soportar el dolor; y próximo á sucumbir, dirigia á su gefe miradas dolorosas y se quejaba del exceso de sus padecimientos. Y yo, le dijo Guatimotzin, ¿estoy acaso sobre una cama de rosas? Vencido por estas nobles palabras, hizo Cortés, en fin, que cesara aquella odiosa ejecucion, y fué preciso creer á Guatimotzin, que declaró haber arrojado todos sus tesoros al lago.

TERRIBLE PELIGRO, CONSTANCIA HEROICA.

El 28 de Febrero de 1812, la mina de carbon cerca de la ciudad de Lieja, fué inundada por las aguas, de lo que resultó un hundimiento; se interceptó toda comunicacion y los mineros quedaron como sepultados en un vasto sepulcro. En el momento crítico, Huberto Goffin, maestro menor de la mina, hubiera podido salvarse y llevar consigo

(1) El tormento que se dió á Guatimotzin no fué el de estenderlo en las brazas como se asegura aquí, sino solo el de quemarle los piés. (Clavigero, Historia de Méjico.)

á su hijo de edad de doce años; pero no quiso hacerlo. Si subo, dijo, perecerán mis operarios; quiero salir el último, salvarlos á todos ó morir. Reune á sus compañeros en número de noventa, desanimados todos y sin ninguna esperanza de salud. La voz de Goffin los reanima, trabajan con él en horadar la mina para abrirse un camino hácia afuera. Muy pronto, en medio de estas profundas tinieblas iluminadas á penas por algunas lámparas, los postra el trabajo y se apodera de ellos la desesperacion. El digno hijo de Goffin les echa en cara su debilidad. Os portais como niños, dijo; seguid las órdenes de mi padre ¿no os ha dicho, que los propietarios de la mina no nos abandonarán? Recobraron pronto el valor los trabajadores; un ruido hiere sus oídos; advierten que por el lado de afuera se trabaja para libertarlos; pero los trabajos adelantan con mucha lentitud; los operarios gemian, se desesperaban. En vano excita Goffin su celo; nada puede conseguir. Finalmente, en un acceso de indignacion, esclama, que va á apresurar su muerte y á quitarles toda esperanza ahogándose con su hijo. Entonces todos se precipitan sobre él y juran obedecerle; pero muy pronto se apagan las luces, la oscuridad les quita toda esperanza y los sumerge en la desolacion. Cinco dias se habian pasado en aquella horrible situacion; Goffin habia sostenido constantemente á sus compañeros de infortunio; su celo, su solicitud, los habia hecho continuar sus trabajos. Finalmente, se logra una salida, y de noventa operarios se salvaron setenta, debiéndose á la heróica conducta de Goffin la salvacion de estas vidas.

Lieja pertenecia entonces á la Francia; el emperador, que sabia apreciar el valor, dió al valiente Goffin la cruz de la legion de honor y una pension.

EL ARTISTA ENFERMO.

Hace pocos años, en la ciudad de Ayr, en Escocia, vivia un hombre muy notable llamado Santiago Sandy. Habia nacido pobre, y desde muy temprano habia perdido el uso de sus piernas; pero supo sustraerse á la miseria y al fastidio, y hasta llegó á hacerse útil. Redu-

cido á no dejar nunca su cama, se ocupaba en la mecánica. Rodeado de toda clase de utensilios, se entregaba á un constante trabajo; sabia tornear tan bien como el tornero mas hábil; construia relojes ó instrumentos de música y de óptica, de una tan rara perfeccion, que en nada cedian á los de los primeros artistas de Londres. Por sus consejos se mejoraban las máquinas de hilados de cáñamo: reunia á sus otros conocimientos los del dibujo y del grabado.

En el espacio de cincuenta años, solamente dejó su cama tres ocasiones, y fué esto por escapar á la inundacion y luego al fuego, de que su casa estaba amenazada.

Sandy estaba alegre y era chistoso. Las personas notables de la ciudad iban con frecuencia á verlo y gustaban de su conversacion. Este hombre, notable por su industria y por la independencia que se supo proporcionar, sin embargo de estar enfermo, murió siendo dueño de un caudal bastante considerable, únicamente adquirido por su trabajo.

EL ARTESANO CIEGO.

En Armagh, ciudad de Irlanda, vivia un ciego llamado Guillermo Kennedy, que era la admiracion de todo el país, por su habilidad. Fabricaba toda clase de instrumentos de cuerda, péndulos, muebles, telares para las fábricas, y principalmente excelentes cornemusas. Se admiraban de que un hombre privado de la vista pudiera ejecutar obras tan complicadas. Tenian gusto en oirlo referir la sorprendente historia de sus tentativas y de sus trabajos. Hé aquí como la cuenta uno de sus oyentes.

Debo la vida á un pobre artesano que vivia en una aldea á alguna distancia de Armagh: cuando nací estaban sanos mis ojos y no perdí la vista hasta los cinco años. Era yo muy pequeño para comprender la magnitud de semejante desgracia; sin embargo, me fué sensible por el fastidio que derrepente se apoderó de mí. Hasta entonces habia vivido con otros seres semejantes á mí y en medio de mil objetos á los que me interesaba; pero súbitamente me encontré solo y como en el va-

cío. No obstante que el mundo insensiblemente se habia convertido en desierto para mí, se volvió á poblar; hasta entonces habia adquirido conocimiento de las cosas por medio de la vista, tuve despues que acostumbrarme á adquirirlo por el tacto y por el oído. A proporcion que crecia me persuadia de lo mucho que me importaba perfeccionar aquellos medios de adquirir conocimientos. Me acostumbré á juzgar de las distancias por el sonido, y á adivinar la naturaleza de los objetos por el tacto; pero tales ejercicios eran para mí mas bien una necesidad que un entretenimiento. Acaso habreis pasado alguna noche sin dormir, sabeis pues cuán largo parece el tiempo, y cuánto fastidio se esperimenta en medio de las tinieblas. Pues bien, figuraos una noche semejante pero sin fin..... ¡tal era mi vida! Verdad es que tenia algunos juguetes con los que me podia distraer un instante, pero aquella distraccion carecia de objeto y pronto me cansaba de ella. Por otra parte, siempre oia á mi derredor deplorarse mi suerte y compadecer á mis padres por la carga que Dios les habia impuesto. Esta compasion me irritaba: no me podia habituar á la idea de ser continuamente una causa de afliccion y de estorbo para aquellos que me habian dado el ser. ¿Pero era muy cierto que no pudiera yo servir de nada? ¿No era ingratitud y cobardía aceptar semejante situacion de impotencia, que debia hacer sufrir á mis padres? Todas estas ideas me preocupaban y resolví hacer los esfuerzos que me fueran posibles para sacar de las facultades que me quedaban cuanto partido fuera dable. En consecuencia, me puse á estudiar los juguetes que me habian dado. Los desarmaba pieza por pieza, y muy pronto los conocí bastante para construir otros semejantes. Esta fué mi primera industria. Acababa de adquirir la certeza de que la voluntad, exitada por el sentimiento del deber, todo lo puede conseguir; quise adoptar una profesion que pudiera serme útil y me resolví por la música. Mis padres, que notaron mis esfuerzos y mis adelantos, me enviaron á Armagh, en donde aprendí á tocar el violin. Sin embargo, no me atenia á aquel estudio; sabia que en el mundo se tiene con frecuencia necesidad de recurrir á muchos medios de subsistencia, y debia, por lo mismo, tomar mis precauciones.

Me aproveché pues, de la casualidad que me habia hecho alojarme

en la casa de un tapicero, para aprender, durante mis ratos de descanso, á hacer muebles de diversas especies. De vuelta á mi pueblo, añadí esta industria á la de violinista y ganê en poco tiempo mas dinero del que necesitaba para vivir. Pero mis padres habian sufrido pérdidas y se iban envejeciendo; muy pronto llegó el caso de que no pudieran sostenerse por su trabajo y recurrieran á mí. Fué este dia uno de los mas alegres de mi vida; yo, pobre muchacho ciego, que debia servir de carga á mi familia, habia venido á ser á fuerza de valor, su apoyo! Me convencí entonces de la felicidad que trae un gran deber cumplido.

En el entretanto no disminuian ni mis esfuerzos ni mis ensayos. Compré algunos cornemusas irlandeses, ya inservibles, con el objeto de perfeccionarlos. Despues de mucho trabajo, conseguí descubrir el mecanismo, y á vuelta de nueve meses, habia fabricado uno de mi invencion, que tuvo un éxito satisfactorio.

Habia en la poblacion de mi residencia un relojero que gustaba mucho de la música, y que siempre la habia querido aprender. Me propuso que le diera lecciones de cornemusa, en lo que consentí á condicion de que hiciéramos un cambio de nuestros conocimientos y de que él me enseñaria su profesion. De este modo me encontré capaz de sostener á mi familia por varias industrias que ejercía alternativamente y á proporcion que en ello encontraba mayor ventaja. Hácia esta época fué cuando tuve la desgracia de perder á mi padre; mi madre lo siguió muy pronto. No queriendo habitar mi pueblo, que me recordaba una pérdida tan dolorosa, vine á Armagh, en donde me casé y en donde vivo hace ya muchos años, feliz y al abrigo de la miseria. Lo que le pido á Dios ahora, es la salud, porque en cuanto á la fortuna, me ha dado una inagotable, concediéndome la perseverancia y el amor al trabajo.

---

§ VII.

Valor.

El hombre de bien lleva el valor consigo por todas partes; al combate, contra el enemigo, á un círculo en favor de los ausentes, á su cama contra los ataques del dolor y de la muerte. Puede burlarse la fortuna de la prudencia de los hombres virtuosos; pero no está en su mano hacer que se doblegue su valor. El hombre valiente espera el peligro con serenidad; no se espone á él sino cuando el honor y el deber se lo exigen; pero una vez que se halla en pugna con él, nada le detiene.

Superior á todos los acontecimientos, parece que habiéndolos previsto, los domina á todos igualmente. Nunca la cólera ha alterado la serenidad de su rostro: nunca el orgullo imprimió en él la altanería, ni nunca el abatimiento pintó en él su debilidad.

La intrepidez es una fuerza estraordinaria del alma que la hace sobreponerse á las turbaciones, los desórdenes y á las emosiones que la vista de los grandes peligros podia excitar en ella; y por esta fuerza los héroes se mantienen en un estado tranquilo y conservan el libre uso de su razon en los accidentes mas terribles.

La debilidad no es el vicio, pero conduce á él. El hombre perverso ejecuta el mal, el hombre débil permite que lo hagan. (Varios autores.)

LA VACQUERIA.

Luis XI habia mandado al parlamento registrar unos edictos por los cuales establecía contribuciones tan onerosas como injustas. Juan de la Vacqueria, primer presidente del parlamento, manifestó en esta